

CAPÍTULO V

La nueva dependencia

Este capítulo tiene como objetivo analizar las relaciones entre China y América Latina bajo la premisa de una nueva dependencia.

El análisis tiene como eje principal las construcciones discursivas de los académicos latinoamericanos dependentistas, para quienes las relaciones sino-latinoamericanas caerían en lo que se puede denominar la *nueva dependencia*. Bajo esta perspectiva, es posible hablar de resistencia.

Para Foucault, la posibilidad de resistencia es real y no puede venir por fuera del poder. La resistencia de los académicos dependentistas estaría en el orden estratégico y de lucha.

El segundo punto de reflexión de este capítulo, “La dependencia como episteme latinoamericana”, analiza el hallazgo de la investigación, que comprende que la matriz de pensamiento más importante e influyente en la región latinoamericana, hasta nuestros días, es la dependencia.

Finalmente, analizar las relaciones sino-latinoamericanas desde una visión distinta a las hegemónicas de las relaciones internacionales da la posibilidad de abordar aspectos desde otras perspectivas, en este caso posfundacionales.

China y América Latina: ¿una nueva dependencia?

Los autores dependentistas son críticos con las visiones apolo-géticas que algunos autores latinoamericanos tienen de China en su relación con América Latina.

Aunque aquí —desde una visión foucaultiana— he sido crítica con la objetivación-subjetivación de la dependencia como “razón”, es importante rescatar, en este momento de la historia, la práctica discursiva de los autores dependentistas y del dependentismo.

Un análisis político sobre el rol que los académicos latinoamericanos dependentistas han tomado frente a la relación China-América Latina debe examinar cómo sus prácticas discursivas develan un tipo de poder y lo alejan del sentido de verdad construido como discurso. Discurso en el que han incorporado nuevas categorías para pensar estas relaciones: Nueva dependencia, Consenso de los Commodities, Consenso de Beijing.

Estas categorías o enunciados, como los llamaría Foucault, permiten observar el giro representativo que los autores dependentistas dan a ciertas categorías antes hegemónicas de las teorías de la dependencia, que son utilizadas por un ala de las instituciones, partidos políticos, gobernantes y sobre todo académicos interdependentistas.

Estas categorías develan el “vuelco neoconservador” que China ha tomado en el sistema internacional, lo que dista de sus prácticas discursivas: “Respeto mutuo por la soberanía y la integridad territorial. No agresión mutua. No interferencia en los asuntos internos de otros países. Igualdad y beneficio mutuo. Coexistencia pacífica” (Colomo Ugarte, 2010, p. 1).

Los académicos dependentistas insisten, frente a los preceptos chinos, en que a pesar de que la República Popular China exprese en diversos foros de cooperación que no cree en las prácticas con las cuales los países poderosos buscan obtener la primacía hegemónica, y lo reitere bajo distintas posibilidades (económicas y políticas) en la esfera global, y, sobre todo, discursivas.

Otro punto importante a considerar es el resultado de su expansión. China enfatizó en que promovería un nuevo orden multilateral más justo y armónico para todas las naciones; frente a esta insistencia discursiva —que llevó a muchos pensadores y gobernantes a trazar políticas económicas con China— se debería caer en cuenta en que, si bien no se puede hablar de una dependencia continua o comparable con la que los países latinoamericanos sufrieron con Estados Unidos u otros países centro, el mundo ha cambiado desde el advenimiento de China; la dinámica geopolítica y geoeconómica se ha reconfigurado; sin embargo, esta reconfiguración no es en ningún sentido ni más justa ni más armoniosa, es aún más arbitraria y desigual: las diferencias y asimetrías se han acentuado; por tanto, es posible hablar de un nuevo orden de dependencia, más no de multilateralidad. En este sentido cabe retomar para la reflexión el significado de arqueología de Foucault.

La nueva dependencia con China analizada no como un continuo histórico (de la dependencia) sino como un hecho particular:

Se trataba de analizar esta historia [la historia de las prácticas discursivas] en una discontinuidad que ninguna teleología reduciría de antemano; de localizarla en una dispersión que ningún horizonte previo podría encerrar; de dejarla desplegarse en un anonimato al que ninguna constitución trascendental le impondría la forma del sujeto; de abrirla a una temporalidad que no prometería el retorno de ninguna aurora. (Castro, *s/f*, p. 528)

Más allá de la mención sobre un nuevo orden mundial chino, estaría la condición coercitiva, de subjetivación de China como valor normativo; en la que esta solicita a las contrapartes el reconocimiento de “una sola China”. Para Foucault la normativa es una técnica de dominación coercitiva que, presentada en este caso como una condición para la cooperación, recae en dominación y obediencia; exigiendo una norma de regulación en el sistema internacional, estaría generando la construcción de nuevas normativas de poder.

El análisis foucaultiano del poder está centrado en su funcionamiento. Desde esta perspectiva, Foucault sostiene que para abor-

dar la cuestión del poder es necesario dejar de lado los conceptos tradicionales de “ley” o “soberanía”, así como también la noción de represión, que ofrece una representación solo negativa de sus mecanismos. Para Foucault, en su forma moderna el poder se ejerce cada vez más en un dominio que no es el de la ley, sino el de la norma, y, por otro lado, no simplemente reprime una individualidad o una naturaleza ya dada, sino que positivamente la constituye, la forma. Foucault distingue dos modalidades fundamentales de ejercicio del poder en las sociedades occidentales y modernas: la disciplina y la biopolítica, es decir, el poder que tiene como objetivo los individuos y el poder que se ejerce sobre las poblaciones. Disciplina y biopolítica son los ejes que conforman el biopoder. En efecto, el biopoder define el verdadero objeto del poder moderno, esto es, la vida, biológicamente considerada. El concepto de normalización se refiere a este proceso de regulación de la vida de los individuos y de las poblaciones. (Castro, *s/f*, p. 390)

La soberanía, otro de los preceptos más importantes de la República Popular China, es uno de los dispositivos de mayor coerción del poder. Para Foucault la relación de soberanía es asimétrica. La soberanía es un elemento del arte de gobernar; es decir, la razón del Estado vista como un arte; entiéndase como las relaciones de poder que dan lugar a diferenciaciones que se entrelazan y relacionan de múltiples maneras —individuos, poblaciones, cosas—. Las diferencias entre las partes se establecen por un movimiento regulado cargado de mecanismos disciplinarios.

En ella, el soberano se adueña de los frutos de la tierra, de los objetos fabricados, de las armas, del coraje, del tiempo de sus súbditos. Pero también gasta de sus riquezas para celebrar, por ejemplo, las fiestas o los servicios religiosos. Pero, entre entradas y salidas, existe una disimetría fundamental. Los gastos que el soberano realiza para sus súbditos son menores que la riqueza extraída de ellos. (Castro, *s/f*, p. 515)

Para los teóricos dependientista China tiene una fascinación por la “riqueza natural”. Esta idea se complementa con el precepto chino de la soberanía. China exige soberanía, y actúa como un país soberano frente a otros Estados. Todos los intercambios de alto nivel

y de cooperación en organismos internacionales son manejados bajo la idea de la soberanía.

Ejemplos claros son: la supuesta condonación de deudas, los préstamos a cambio de *commodities* o para garantizarlas, las políticas diferenciadas por países para incentivar las divisiones entre ellos; la concentración de proyectos en infraestructura para la explotación hidrocarbonífera, con el objetivo de ganar concesiones y manejar el proceso de explotación de recursos; y, sobre todo, la articulación de la cooperación Sur-Sur, con la intención de conseguir a cambio los bienes materiales que requiere para su subsistencia interna.

China actúa como un país soberano, como imperio, pretendiendo dar más de lo que recibe. Para los dependentistas China planea un nuevo orden geográfico que busca profundizar la salida de productos primarios por el Atlántico y el Pacífico, mediante megaproyectos como la Franja y la Ruta de la Seda.

En su énfasis por obtener mejores beneficios de los países latinoamericanos, China operó nuevas y diferentes posibilidades discursivas para cada región y zona del planeta, el *Libro blanco*, un documento sobre la política China hacia ALC, es un dispositivo que transfirió una forma de pensamiento, un saber político, una eficiente forma de racionalización, que discursivamente señala la pretensión de un Sur global —simétrico con América Latina—.

Este dispositivo caló en los pensamientos y reflexiones de algunos autores interdependentistas latinoamericanos, así como de sus gobernantes. Un dispositivo que trabajó sobre los modos de subjetivación; es decir, sobre las prácticas de constitución de esos sujetos “Estados e individuos”.

Las políticas que viabilizó este proceso de subjetivación son: la cooperación económica entre los países del llamado Sur global; las reflexiones teóricas sobre las prácticas contrahegemónicas de cara a Estados Unidos (desviando la atención de China); el fraccionamien-

to de la esfera global entre países, regiones y zonas —buenas o malas—; gobernantes latinoamericanos que, apoyados en la verdad de la razón marxista y de la dependencia —sus instituciones y organismos regionales (CELAC o CEPAL)—, apoyaron *ciegamente* a China por considerarla comunista, revolucionaria y antiimperialista.

La cooperación Sur-Sur, en un sentido amplio, se objetivó a través de los modos de subjetivación, que para Foucault no son interdependientes, sino de desarrollo mutuo:

Llamamos “pensamiento” al acto que instaura, según diferentes relaciones posibles, un sujeto y un objeto, una historia del pensamiento sería el análisis de las condiciones en las que se han formado y modificado las relaciones entre el sujeto y el objeto para hacer posible una forma de saber [...] Estas condiciones establecen los juegos de verdad, las reglas según las cuales lo que un sujeto puede decir se inscribe en el campo de lo verdadero y de lo falso. (Castro, s/f, p. 519)

Para los autores dependencistas, la cooperación Sur-Sur es traducible al Consenso de Beijing:

Si la cooperación Sur-Sur solo puede desarrollarse entre países en desarrollo es claro que un país central no puede establecer este tipo de cooperación con un país periférico, porque los vínculos no son de simetría, sino de asimetría, dada la disparidad en términos de poder. Más aún, la cooperación Sur-Sur opera sobre la lógica de beneficios recíprocos y simétricos, con lo cual un análisis de la dimensión comercial permite verificar que esto tampoco se corrobora más allá del plano discursivo en el caso de la vinculación comercial entre China y América Latina. (Bolinaga y Slipak, 2015, p. 37)

El Consenso de Beijing ha traído como consecuencia el Consenso de los Commodities. Para Svampa (2012):

En el último decenio, América Latina realizó el pasaje del Consenso de Washington, asentado sobre la valorización financiera, al Consenso de los Commodities, basado en la exportación de bienes primarios a gran escala. Ciertamente, si bien la explotación y exportación de bienes naturales no son actividades nuevas en la región,

resulta claro que en los últimos años del siglo XX y en un contexto de cambio del modelo de acumulación, se ha venido intensificando la expansión de proyectos tendientes al control, extracción y exportación de bienes naturales, sin mayor valor agregado. (p. 2)

Lo que los autores dependentistas denominan Consenso de Beijing y Consenso de los Commodities apunta al nuevo orden político y económico que sostiene la demanda y explotación de los recursos naturales y de los bienes de consumo, resultado del *boom* de los precios internacionales de las materias primas.

A continuación, algunos extractos de la política de China hacia ALC:

Contando con una larga historia, inmensa extensión geográfica, abundantes recursos naturales y excelentes bases de desarrollo socioeconómico, América Latina y el Caribe están dotados de un gran potencial de desarrollo.

Pese a la gran distancia geográfica, unidas por una amistad de larga data entre sus pueblos, China y América Latina y el Caribe se encuentran actualmente en fases similares de desarrollo, compartiendo las mismas tareas emanadas de estas y el deseo común de incrementar el conocimiento mutuo y fortalecer la cooperación. El principio de una sola China constituye la base política sobre la cual China establece y desarrolla relaciones con los países latinoamericanos y caribeños y las organizaciones regionales. El Gobierno chino aprecia la adhesión por parte de la absoluta mayoría de países de la región a la política de una sola China y su abstención de desarrollar relaciones y contactos oficiales con Taiwán, en apoyo a la gran causa de la reunificación de China. China está dispuesta a establecer y desarrollar relaciones interestatales con los países latinoamericanos y caribeños sobre la base del principio de una sola China. (Política de China hacia América Latina y el Caribe, 2008)

Estas características “contradictoriamente” revelan las intenciones y las prácticas de China para con los países latinoamericanos, que están atravesadas por relaciones de poder.

Develan el interés de los chinos por los recursos naturales y las materias primas; revelan las fuertes asimetrías entre China y sus socios bilaterales; dejan ver la exclusión hacia los países —proveedores de recursos naturales y bienes manufacturados— que reconocen a Taiwán; muestran que su interés son las asociaciones estratégicas para las negociaciones bilaterales (TLC); promueven la reprimarización —patrones tradicionales de extracción—; suscitan el deterioro de las relaciones con otros socios comerciales como la Unión Europea, Japón y Estados Unidos; promueven la sobreexplotación de los recursos hídricos y energéticos; originan la sobreexplotación laboral; causan el deterioro del medioambiente y de las poblaciones locales.

Uno de los argumentos más sólidos de los académicos dependencistas frente a las relaciones sino-latinoamericanas ha sido sobre las tensiones que la explotación minera y de otros recursos ha provocado en las localidades de los países exportadores de materias primas. Abriéndose un debate sobre un nuevo paisaje político latinoamericano en el contexto de la arremetida de China en América Latina y en sus localidades.

En el marco del Consenso de los Commodities, son numerosos los movimientos campesino-indígenas, organizaciones y redes socioambientales que han venido generando un espacio común caracterizado por un saber experto independiente y alternativo. Asistimos así a la estructuración de temas, consignas, conceptos, límites, que operan como marcos de acción colectiva contestatarios respecto de la modernidad dominante, al tiempo que alimentan los debates sobre la salida al extractivismo y una modernidad alternativa. Por otro lado, lo que resulta incontestable es que, más allá de las retóricas industrialistas y emancipatorias en boga, tanto los gobiernos progresistas como aquellos más conservadores, tienden a aceptar como “destino” el nuevo Consenso de los Commodities, en nombre de las “ventajas comparativas” o de la pura subordinación al orden geopolítico mundial, el cual históricamente ha reservado a América Latina el rol de exportador de Naturaleza, sin considerar los enormes efectos socioambientales, las consecuencias en términos económicos (los nuevos marcos de la dependencia y la consolidación de enclaves de exportación) y su

traducción política (nuevas formas de disciplinamiento y coerción sobre la población. [...] Sin embargo, la colisión entre, por un lado, gobiernos latinoamericanos y, por otro lado, movimientos y redes socioambientales contestatarias en torno a la política extractiva no ha cesado de acentuarse. Asimismo, la criminalización y la sucesión de graves hechos de represión, se ha incrementado notoriamente y ya recorre un amplio arco de países, que incluye desde México, Centro América, pasando por Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Chile y Argentina. En este marco de fuerte conflictividad, la disputa por el modelo de desarrollo deviene entonces el verdadero punto de bifurcación de la época actual. Finalmente, todo ello abre un gran interrogante acerca del futuro de la democracia en América Latina. Pues no se trata solamente de una discusión económica o ambiental, sino también de una discusión política sobre los alcances mismos de la democracia: se trata de saber si es posible debatir lo que se entiende por desarrollo y sustentabilidad; si se apuesta a que esa discusión sea informada, participativa y democrática, o bien, se acepta la imposición de los gobernantes locales y las grandes corporaciones, en nombre del nuevo Consenso de los Commodities. (Svampa, 2012, p. 22)

En tal sentido, pretendo analizar la doble resistencia que tanto los grupos de movimientos sociales y ambientalistas, las comunidades indígenas y la sociedad civil han tomado frente a las situaciones de explotación y de poder de los países desarrollados y de los Estados como reproductores de los valores del Consenso de Beijing para sus poblaciones, por un lado; y la resistencia o lucha de los teóricos latinoamericanos dependencistas frente a un nuevo orden del saber y de sus prácticas discursivas, respecto a la idea de una *nueva dependencia*, por el otro.

Para Foucault las relaciones de poder siempre abren la posibilidad de una resistencia:

Porque hay posibilidad de resistencia y resistencia real, el poder de aquel que domina trata de mantenerse con tanta más fuerza, tanta más astucia cuanto mayor es la resistencia. [...] Para Foucault, la resistencia al poder no puede venir de afuera del poder; es contemporánea e integrable a las estrategias de poder [...] Desde esta pers-

pectiva, las posibilidades reales de resistencia comienzan cuando dejamos de preguntarnos si el poder es bueno o malo, legítimo o ilegítimo, y lo interrogamos en el nivel de sus condiciones de existencia. (Castro, s/f, p. 491)

Para Foucault, las formas múltiples de resistencia pueden ser tomadas como punto de partida para un análisis empírico e histórico de las relaciones de poder; la resistencia de los grupos ambientalistas y de las comunidades indígenas estaría en el orden estratégico y de lucha.

El caso ecuatoriano³² es un ejemplo de la lucha de los movimientos indígenas y medioambientalistas frente al Consenso de Beijing o también denominado de los Commodities.

En Ecuador los movimientos amazónicos y medioambientalistas sufrieron varios episodios de represión y coerción policial; aunque su lucha parecía paradójica ante un Gobierno que pretendía, a través de planes estratégicos, estar en favor de la biodiversidad y las culturas indígenas de la región. Para el mundo, Ecuador fue uno de los países latinoamericanos que procuró innovaciones jurídicas y constitucionales a favor de la vida y de la naturaleza.³³

Sin embargo, a través de un caso puntual, el Gobierno de Rafael Correa mediatizó una de las confabulaciones estratégicas —casi en relación con otras— más impresionante de su política. Fue así

32 “En el plano nacional se nos vendió la minería en una envoltura verde, de la mano de revolución; pero solo hemos conseguido una involución en términos de derechos: de expresión, de respeto a la naturaleza, del *sumak kawsay*. El ideal de economía soberana, pospetrolera, de las nuevas matrices energéticas, de las propuestas con energías alternativas y los planes para dejar el petróleo bajo tierra se desvanece cada día y el país depende cada vez más del petróleo y los minerales, condicionados a los mercados internacionales. Y así como nunca, Ecuador depende más del petróleo y la minería; nunca ha estado más endeudado con un solo país como lo está ahora con China” (Chicaiza, 2014, p. 7).

33 El Estado protegerá el derecho de la población a vivir en un medio ambiente sano y ecológicamente equilibrado, que garantice un desarrollo sustentable (Art. 86, *Constitución Política de la República del Ecuador*).

que el Gobierno ecuatoriano, en el año 2007, planteó el resguardo y protección del parque Yasuní-ITT, con el objetivo de proteger la biodiversidad del parque y apoyar a los últimos pueblos indígenas no contactados de la zona. El discurso del presidente Correa, de cara al mundo, fue el de combatir el cambio climático y generar una nueva forma de economía sustentable. Para conseguir este propósito, Correa solicitó la participación económica de la comunidad internacional. El Gobierno ecuatoriano esperaba recaudar 3600 millones de dólares en un periodo de doce años; sin embargo, en cinco años se recibieron apenas 13,3 millones en depósitos.

Para el año 2013, Correa³⁴ afirmaba que el mundo había fallado con respecto al Yasuní, poniendo fin a su iniciativa ambiental. Esta fue la explicación de Correa a los ecuatorianos para llevar a cabo la extracción de las reservas petroleras en el parque. La argucia jurídica del poder del Gobierno correísta se devela cuando, de manera arbitraria, decidió la explotación del parque sin una consulta popular a los ecuatorianos. Tal decisión incentivó la movilización de la sociedad civil, los movimientos indígenas y grupos ambientalistas, así como de otros colectivos que empezaron a cuestionar de manera permanente las ideas y salidas del Gobierno ecuatoriano para entrar en una dinámica aún más intensiva de extracción de los recursos naturales.³⁵

34 Rafael Correa manifestó estar de acuerdo con las propuestas de Hu Jintao en relación con la consolidación y promoción de las relaciones de amistad y cooperación entre China y Ecuador. [...] Correa enfatizó que sus economías son complementarias y existen potencialidades para desarrollar la cooperación. Manifestó también que Ecuador está dispuesto a fomentar aún más la cooperación de beneficio mutuo en diversas áreas entre los dos países para jugar el papel de puerta entre América del Sur y China (Chicaiza, 2014, p. 47).

35 The dependence of Latin American countries occurs in two ways. On the one hand, the national economies justify the export of products —natural resources— and the great global powers, like China, encourage their transnational companies to promote extractive economic activities. The aspects pointed out only reinforce the ideal of center-periphery dependence (Aguilar, N. L., 2022, p. 360).

La avanzada de los movimientos sociales y de las organizaciones sociales y ambientalistas fue criminalizada; se usó por parte del Gobierno un discurso que acompañaba a la represión, los grupos organizados empezaron a ser llamados terroristas.

Foucault distingue tres tipos de lucha: 1. contra las formas de dominación étnica, social o religiosa; 2. contra las formas de explotación que separan a los individuos de lo que ellos producen; 3. contra las formas de sujeción que vinculan al sujeto consigo mismo y, de este modo, aseguran su sujeción a los otros [...]. En las sociedades feudales han predominado las luchas contra las formas de dominación; en el siglo XIX, las luchas contra la explotación. Y hoy es la lucha contra las formas de sujeción, contra la sumisión de la subjetividad, la que prevalece cada vez más, aunque no hayan desaparecido las luchas contra la dominación y la explotación, más bien lo contrario. Tengo la impresión de que no es la primera vez que nuestra sociedad se encuentra confrontada con este tipo de lucha. Todos los movimientos que han tenido lugar en los siglos XV y XVI, encontrando su expresión y su justificación en la Reforma, deben ser comprendidos como los indicadores de una crisis mayor que afecta la experiencia occidental de la subjetividad y de una revuelta contra el tipo de poder religioso y moral que había dado forma, en la Edad Media, a esta subjetividad. (Castro, s/f, p. 364)

La lucha de los movimientos sociales no solo se ha dado en Ecuador sino también en distintos países de América Latina, las prácticas no discursivas de estos grupos han estado acompañadas de una posibilidad reivindicativa con relación a la tierra. La lucha de los movimientos sociales generaría una nueva forma de poder político.

Las prácticas no discursivas y reivindicativas han acelerado, por parte de China, la puesta en marcha de nuevos dispositivos de poder discursivos, que pretenden callar las voces de estos grupos sociales y de las poblaciones latinoamericanas.

Una de las formas más eficientes de dominación que ha encontrado el Gobierno chino es afianzar sus relaciones con académicos latinoamericanos y organismos internacionales como la CEPAL, que, como voz oficial en Latinoamérica, puede recomendar a China

como socio comercial y afianzar la importancia de las relaciones de cooperación con ella. China ha captado a la CEPAL mediante invitaciones especiales a sus directores ejecutivos a China, de reuniones con los más altos representantes del Gobierno chino en foros, y otros múltiples eventos. Las palabras de Alicia Bárcena (2018), su directora ejecutiva, en la Segunda Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores del Foro CELAC-China lo confirma:

Mantenemos el compromiso inquebrantable con el fortalecimiento de los vínculos entre nuestra región y China en todas sus dimensiones. [...] Como señalaba el presidente Xi Jinping, en mayo pasado al inaugurar en Beijing el Foro Internacional Una Franja, una Ruta, y cito: “La civilización se desarrolla a través de la apertura y las naciones coexisten a través de la integración. La Antigua Ruta de la Seda no solo fue un camino para el intercambio comercial sino más bien una ruta para el intercambio de conocimiento”. Hoy, cuando China se perfila a una Nueva Era, es necesaria una asociación estratégica de confianza mutua para construir una civilización ecológica, y juntos hacer realidad los objetivos de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Como dijo el Canciller Wang Yi, el plan de cooperación es oportuno y el tiempo es propicio para una nueva era de cooperación. (párr. 15)

Para Foucault la institución es la forma adecuada de distribución de poder. Por ello, el poder no debe ser pensado como una propiedad, sino como una estrategia constituida por maniobras, tácticas, disposiciones, técnicas y funcionamientos. Las organizaciones que centralizan el poder y están ligadas con la institución y al funcionamiento de un discurso *científico*, tienen la capacidad de legitimar y distribuir prácticas discursivas de poder.

La academia latinoamericana ha sido otra fuente recursiva del poder chino, con el objetivo de convencer sobre los beneficios de la cooperación y las bondades del gigante asiático.

El artículo de Bernal Meza (2018) “Dos aportes teóricos latinoamericanos de relaciones internacionales y su utilización por el pensamiento chino contemporáneo: los casos de Prebisch y Escudé” analiza la utilización de ideas y teorías originadas en el pensa-

miento latinoamericano sobre relaciones internacionales por parte de académicos chinos; unas sobre economía política y otras sobre política exterior, que ponen en evidencia la circulación de ideas de nuestra región en esa parte del mundo, donde han sido utilizadas para interpretar las relaciones con América Latina y debatir su propia política exterior. El texto presenta dos hipótesis: que el uso de este pensamiento teórico pone en evidencia la búsqueda china de enfoques teóricos alternativos, y su utilización busca contrarrestar la tesis de la amenaza china y la teoría del neocolonialismo; que una contribución teórica latinoamericana se utiliza en el debate interno de China sobre su propia política exterior (p. 75).

Gran parte de la academia China ha empezado a reflexionar sobre las distintas zonas y regiones del mundo, incentivando políticas y estrategias para lograr mejores y posibles acercamientos con los distintos países y regiones, por ellos considerados geopolítica y geoeconómicamente fundamentales.

Este acercamiento como estrategia de Estado buscó los medios para consolidar a futuro lo que ellos denominarían el gran resurgimiento de China.

Una de sus políticas más fuertes ha sido la de crear áreas específicas de conocimiento, encargadas del estudio de las regiones, sus países y poblaciones.

La victoria de la Revolución cubana en 1959 atrajo la atención de China, por lo que los estudios latinoamericanos en China surgieron a principios de la década de 1960. Desde que China comenzó a implementar la política de reformas y apertura al mundo exterior en 1978, este campo de estudios se ha desarrollado rápidamente. En particular, en las últimas dos décadas, los estudios latinoamericanos en China han logrado grandes contribuciones al rápido desarrollo de las relaciones bilaterales entre China y América Latina. (Jiang Shixue, 2019, párr. 1)

La utilización de ideas y teorías producidas por el pensamiento latinoamericano, desde las relaciones internacionales u otras áreas del conocimiento, por parte de los académicos chinos muestra como los chinos llevan años preparándose estratégicamente para no solo consolidar sus políticas económicas de Estado, sino también para conseguir debatir las construcciones teóricas latinoamericanas alrededor de China. En este sentido busca contrarrestar las tesis de la amenaza china, y la de la teoría de una nueva dependencia.

Para Bernal Meza (2018):

La utilización de Prebisch por Jiāng Shíxué le permite dirigirse a una audiencia, latinoamericana o no, pero influida o proclive a la aceptación de la “teoría del deterioro de los términos de intercambio” y demostrar lo benéfico que son las relaciones económicas entre China y América Latina, usando nuestra propia teoría y epistemología. El eje central del cuestionamiento al modelo de relaciones económicas que China ha instalado con América Latina está en su carácter Norte-Sur o específicamente en su carácter “centro-periferia”. Esto explica que la diplomacia china y las características de su discurso hacia las regiones periféricas —en particular, hacia la nuestra— hayan puesto en el centro la argumentación de considerarse un país en desarrollo, la aseveración de sus preferencias por la relaciones Sur-Sur, la cooperación como instrumento de la relación entre países de calidades similares y la crítica al pensamiento de Prebisch —por no corresponder este, a ojos chinos, a la realidad de lo que ocurre en el comercio bilateral chino-latinoamericano, que se trataría de una relación “ganadores-ganadores”; discurso definido como win-win rhetoric—. (p. 85)

Según Bernal Meza (2018), los argumentos defendidos por los teóricos latinoamericanos dependentistas del Consenso de Beijing son un problema para China, ya que no le es grato ni estratégico estar en la posición que antes ocupó Estados Unidos u otros países desarrollados.

Con un tipo de retórica socialista, China lleva adelante, frente a los países en vías de desarrollo, un discurso que dice contraponerse

a las políticas y prácticas seguidas por las potencias occidentales; sin embargo, como argumentan los teóricos dependentistas, el modelo económico chino se basa en los criterios de la economía liberal y del libre mercado. La preocupación China es, por tanto, la de construir un saber que proyecte un imaginario positivo de sí y de su praxis.

De hecho, el concepto de “ascenso pacífico”, acuñado por Zhèng Bijiān, y que China ha utilizado en su discurso de política internacional, es la interpretación conceptual que identifica la visión china sobre su propio avance en la estructura de poder mundial; visión que ha sido leída como amenazante, razón por la cual en 2004, el entonces presidente Hu Hintao la sustituyó por la expresión “desarrollo pacífico”, que tenía una connotación menos dura y que luego utilizaron con frecuencia los líderes chinos. (Bernal Meza, 2018, p. 85)

El interés del debate chino en relación con América Latina, y que tiene una dirección clara (sus recursos naturales), es uno de los tantos que China pretende en la esfera global, ya que tiene un marcado interés en construir una imagen de Estados Unidos como la de un Estado hegemónico e imperialista; discurso que académicos, no solo chinos, han ayudado a elaborar. A este respecto, no se trata de tomar una posición frente a un país u otro, sino de desmitificar un tipo de debate teórico que ha pretendido desviar la atención de China, y reforzar la idea de que este es un país en vías de desarrollo o emergente y no una gran potencia.

La arremetida de China ha permitido no solo un actual modelo de desarrollo que se apoya en el extractivismo sino también, como dice Svampa, la división del pensamiento crítico latinoamericano.

El Consenso de los Commodities abrió una brecha, una herida, en el pensamiento crítico latinoamericano, el cual en los noventa mostraba rasgos mucho más aglutinantes, frente al carácter monopólico del neoliberalismo como usina ideológica. Sin embargo, el presente latinoamericano está dividido bajo dos tendencias políticas e intelectuales: por un lado, están aquellas posiciones que dan cuenta del retorno del concepto de desarrollo, en sentido fuerte, esto es, asociado a una visión productivista, que incorpora conceptos engañosos,

de resonancia global (desarrollo sustentable en su versión débil, responsabilidad social empresarial, gobernanza), al tiempo que busca sostenerse a través de una retórica falsamente industrialista. Sea en el lenguaje crudo de la desposesión (neodesarrollismo neoliberal) como en aquel que apunta al control del excedente por parte del Estado (neodesarrollismo progresista). (s/f, p. 18)

Los discursos de gobernantes y académicos *progresistas* —término acuñado por Svampa— han posibilitado en el marco de lo institucional —la academia, las organizaciones multilaterales— nuevas definiciones y conceptos que, al tono del discurso chino de cooperación Sur-Sur, parecen del orden del cambio —de la esperanza—. Enunciados como “descolonización, estado plurinacional, autonomías, buen vivir, derechos de la naturaleza, etc. Sin embargo, y más allá de la exaltación de la visión de los pueblos originarios en relación con la naturaleza (el ‘buen vivir’), inscritas en el plano constitucional” (s/f, p. 19), fueron el reflejo de bien logrados mecanismos y técnicas de subjetivación.

Gran parte de la capacidad de resiliencia de la noción de desarrollo se debe al hecho de que los patrones de consumo asociados al modelo hegemónico permean el conjunto de la población. Nos referimos a imaginarios culturales que se nutren tanto de la idea dominante de progreso como de aquello que debe ser entendido como “calidad de vida”. Más claro, para muchas sociedades la definición de qué es una “vida mejor”, aparece asociada a la idea de “democratización del consumo”, antes que, a la necesidad de realizar un cambio cultural respecto de la producción, el consumo y la relación de cuidado con el ambiente”. (p. 20)

Transcurrido el nuevo siglo, los denominados regímenes progresistas apoyados en un fuerte debate teórico, que abría el paso a retóricas estratégicamente constituidas por técnicos y analistas, permeaban la realidad e integraban políticas desarrollistas “progresistas” obedientes al discurso chino y al neodesarrollismo extractivista.

Las formas concretas y efectivas de ejercicio del poder harán posibles las formas del saber y estas, a su vez, reforzarán y sostendrán

esas prácticas. El sujeto-objeto hombre ya no es solo una determinada disposición en el campo del conocimiento, sino el producto del ejercicio de las formas de poder y de las formas de saber que están entrelazadas con aquellas. Para expresarlo con otros términos, el sujeto se convierte ahora en una construcción histórica de las prácticas en general: prácticas discursivas y prácticas no-discursivas. (Castro, s/f, p. 382)

Para los teóricos dependentistas el lenguaje académico “progresista” comparte de forma intrínseca las premisas del lenguaje neoliberal; es decir, en la retórica de los académicos progresistas subrepticamente puede leerse una orientación hacia las economías neoconservadoras, más allá de que los académicos progresistas enfatizan en sus discursos la construcción de un espacio político latinoamericano. Una paradoja discursiva con sus versiones progresistas y prácticas neoliberales.

Los teóricos dependentistas han sido bastante críticos ante esta visión. Para Foucault, el problema político, ético, social y filosófico consiste en promover nuevas formas de pensar, diferentes de las que impone el poder desde hace varios siglos.

Este grupo de teóricos latinoamericanos cuestionan no solo a la nueva dependencia de los países de América Latina con China, también son críticos con las posturas de los teóricos interdependentistas, las organizaciones e instituciones que consolidan las relaciones asimétricas sino-latinoamericanas y los gobiernos progresistas.

Para Foucault las luchas no son fijas ni específicas, obedecen a la discontinuidad y a la dispersión; la discontinuidad no debe ser pensada solo desde las prácticas discursivas, sino también desde las prácticas no discursivas; será necesario, entonces, referir el saber y el poder del uno al otro.

La función táctica del discurso de los académicos latinoamericanos dependentistas no es ni uniforme ni estable. Se establece un complejo juego entre los discursos y prácticas de China y los dis-

cursos y prácticas de los académicos dependentistas y de quienes concuerdan con estos. En este juego, ambos discursos pueden ser instrumentos del poder y generar efectos de poder, así como pueden viabilizar obstáculos y puntos de resistencia.

Los discursos son, por lo tanto, peligrosos. El discurso crítico latinoamericano³⁶ como contrapoder es una posibilidad que refleja la eficacia táctica del discurso chino; pero al mismo tiempo saca a la luz el conjunto de mecanismos y dispositivos que, como criterios de verdad, ha manejado la teoría de la dependencia desde que se consolidó como verdad, esto es, bajo “los criterios que permiten decidir acerca de la veracidad o falsedad de ciertos enunciados y formulaciones” (Bianchi, 2010, p. 48).

Para Svampa, el presente latinoamericano está dividido, y no solo por la posición que los distintos académicos puedan tener a favor o en contra de China, o de su posición bondadosa o de maldad: los resquebrajamientos se dan en el mismo enfoque teórico —político— de la dependencia, en su epistemología. Aunque son pocos los autores que analizan esta problemática, hay indicios de estudiosos que, a través de foros o construcciones teóricas, empiezan a referirse al quiebre del pensamiento latinoamericano, que es en el corazón mismo de su enfoque —en la ideología—, en el sentido mismo de su oposición. Si bien la teoría de la dependencia está marcada por ciertas diferencias argumentativas (variantes discursivas), estas diferencias no afectaron su corazón; como dice Svampa, “el pensamiento crítico latinoamericano mostraba rasgos mucho más aglutinantes, frente al carácter monopólico del neoliberalismo como usina ideológica” (p. 18).

En el presente, el quiebre es más profundo y riesgoso, las divisiones se enmarcan en las entrañas mismas de la izquierda latinoamericana, abriéndose dos tendencias políticas e intelectuales; para Svampa, las divisiones son visibles: “neodesarrollismo neoliberal”, “neodesarrollismo progresista” (s/f, p. 18).

36 Hace referencia al conjunto de autores críticos latinoamericanos dependentistas.

La malla es aún más peligrosa y débil (voy a usar una palabra poco utilizada por Foucault, pero que sirve para ejemplificar la idea —*intersticios*³⁷—), en este punto las dimensiones conceptuales discursivas y las prácticas no discursivas parecen pintarse y desdibujarse sutilmente: la rama que divide a los intelectuales dependentistas de la rama que divide a los intelectuales “progresistas” es tan fina que apenas hay diferencias. La sujeción a la dependencia como saber —la importancia de sus enunciados— es tan fuerte que no permite observar las diferencias; sin embargo, se abre una línea fronteriza que le permite a los teóricos dependentistas hacer resistencia, un intersticio en el cuerpo de la dependencia. En este sentido, la lucha de los teóricos dependentistas ya no estaría en oposición (supuesta) al neoliberalismo o al capitalismo, como antes se lo conocía, estaría en el mismo cuerpo de la dependencia, por ende, en el cuerpo mismo del marxismo.

La lucha es aún más peligrosa que la lucha tejida frente al capitalismo, pues ya no es frontal, parece entonces que los tentáculos del capitalismo alcanzaron el corazón mismo del marxismo desdibujándolo, naturalizándolo y hasta prostituyéndolo.

Con el fin de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín y la muerte de Mao Zedong, el capitalismo tocó las puertas de los últimos bastiones comunistas. Un capitalismo disfrazado de socialismo, pero aún más perverso, porque incluye los mecanismos y dispositivos de poder, control y coerción fabricados por los regímenes comunistas y los dispositivos de poder, control y coerción del capitalismo.

En el mundo, China es el resultado de la combinación de estos dos polos de poder, y la que se ha encargado de difundir los sentidos, principios y funciones del modelo. Los tentáculos del capitalismo chino, disfrazado de socialismo, con un discurso desdibujado atacó en el corazón mismo de Latinoamérica, como un dispositivo de po-

37 En el sentido de límite o espacio pequeño, ya sea entre dos cuerpos o entre dos partes de un mismo cuerpo.

der, con formas y procedimientos estratégicos. “El modelo económico chino se basa en las ideas de la economía liberal del libre mercado, un híbrido que combina elementos liberales con otros de carácter estatista” (Bernal Meza, 2018, p. 85).

Sería de pensar en el conocimiento que tiene China sobre América Latina, y en el papel que los intelectuales chinos cumplieron y cumplen para que logre consumir sus políticas de Estado. Como afirma Bernal Meza (2018):

Las formulaciones teóricas latinoamericanas por parte del pensamiento chino: la de Raúl Prébisch, sobre la teoría del deterioro de los términos de intercambio, un enfoque de economía política, y el realismo periférico de Carlos Escudé, una interpretación de política exterior centrada en el Estado-nacional [...] son construcciones eidéticas que estudian y teorizan el mundo desde la perspectiva de la periferia, buscando explicar nuestra condición sistémica. (p. 76)

Es un hecho que China se ha basado en los fundamentos de las teorías latinoamericanas para conocer Latinoamérica y para formular de forma específica políticas para esta; un ejemplo es el *Libro blanco* para ALC; como lo afirma Jiang Shixue, “en las últimas dos décadas, los estudios latinoamericanos en China han logrado grandes contribuciones al rápido desarrollo de las relaciones bilaterales entre China y América Latina” (2019, párr. 1).

La fuerza discursiva china llegó hasta ALC como una práctica que ingresó sutilmente y dividió en dos a la academia latinoamericana; y como un saber acompañado de las reflexiones de teóricos interdependentistas —o *progresistas*, según los teóricos de la dependencia— es puesto en práctica para gestar bloques políticos y gobiernos, que con un discurso “progresista” consolidan las políticas afines a China; desdibujándose y prostituyéndose en la retórica de algunos gobernantes y en sus discursos “reivindicativos”; un destrozo en el cuerpo mismo de la dependencia, bien calculado por los dispositivos de saber-poder de China.

Para Foucault:

El poder no es una sustancia o una cualidad, algo que se posee o se tiene; es, más bien, una forma de relación. Para determinar la especificidad de las relaciones de poder, Foucault las distingue de las “capacidades objetivas” y de las “relaciones de comunicación”. Por capacidades objetivas debemos entender “el [poder] que se ejerce sobre las cosas, y que da la capacidad de modificarlas, utilizarlas, consumirlas o destruirlas”. Por “relaciones de información” debemos entender relaciones “que transmiten una información a través de una lengua, un sistema de signos o cualquier otro medio simbólico”. A diferencia de estas, las relaciones de poder son relaciones entre sujetos que se definen, como dijimos, como “modos de acción que no actúan directa e inmediatamente sobre los otros, sino sobre sus acciones”. Las relaciones de poder exigen que “el otro (aquel sobre quien este se ejerce) sea reconocido y mantenido hasta el final como un sujeto de acción, y también que se abra ante la relación de poder todo un campo de respuestas, reacciones, efectos, invenciones posibles”. (Castro, s/f, p. 414)

Donde hay poder, hay resistencia; la lucha nace desde el cuerpo mismo de la dependencia, desde los intersticios. Para Svampa:

En América Latina existe una perspectiva crítica diferente, que hoy aparece ilustrada por diferentes organizaciones sociales y posicionamientos intelectuales que cuestionan abiertamente el modelo de desarrollo extractivista hegemónico y su concepto de naturaleza. En sintonía con los cuestionamientos propios de las corrientes indigenistas, el campo del pensamiento crítico ha venido retomando la noción de “posdesarrollo” (elaborada en los noventa por Arturo Escobar). [...] Desde este enfoque, en consonancia con el giro ecoterritorial de las luchas, se ha venido promoviendo una crítica a la ideología del progreso y otras valoraciones de la Naturaleza, que provienen de otros registros y cosmovisiones. En la actualidad, el pensamiento posdesarrollista se asienta sobre tres ejes, el primero, el de pensar y establecer una agenda de transición hacia el posextractivismo. En razón de ello, en varios países de América Latina ha comenzado a debatirse sobre las alternativas del extractivismo y la necesidad de elaborar hipótesis de transición, desde una matriz

de escenarios de intervención multidimensional [...]. Una de las propuestas más interesantes y exhaustivas ha sido elaborada por el Centro Latinoamericano de Ecología Social, la cual plantea que la transición requiere de un conjunto de políticas públicas que permitan pensar de manera diferente la articulación entre cuestión ambiental y cuestión social. Asimismo, considera que un conjunto de “alternativas” dentro del desarrollo convencional serían insuficientes frente al extractivismo, lo cual exige pensar y elaborar “alternativas al desarrollo”. Por último, se subraya que se trata de una discusión que debe ser pensada en términos regionales y en un horizonte estratégico de cambio, en el orden de aquello que los pueblos originarios han denominado *el buen vivir*. (s/f, pp. 19 y 20)

Los teóricos dependentistas están pensando en una nueva posibilidad teórica para reflexionar la economía social, comunitaria y solidaria latinoamericana. Consideran necesario valorar otras formas de la economía, dentro de una nueva planificación estratégica y alternativa; una propuesta posdesarrollista, posextractivista y ecoterritorial que integre a la ciudadanía y a las localidades proyectando una idea de transformación.

Estas tesis promueven una idea de transformación, y el diseño de un horizonte nuevo: ¿es ese el camino para enfrentar el poder chino en Latinoamérica?

La dependencia como episteme latinoamericana

Este apartado analiza el hallazgo de la investigación, que demuestra que la matriz de pensamiento más importante e influyente en la región latinoamericana es la dependencia.

Así, el objetivo de este capítulo es problematizar, desde las nociones foucaultianas de la genealogía y el saber, la forma en que la dependencia se ha constituido en paradigma dominante de las ciencias sociales latinoamericanas, reflexionando desde ella las relaciones de América Latina con China y con el mundo.

Esta cavilación tiene sentido porque los estudios de los académicos dependentistas latinoamericanos fundamentan sus reflexiones sobre China bajo la idea de una “nueva dependencia”, que hace parecer, esa construcción teórica, una consecuencia obvia.

En este aspecto, la genealogía respecto de la gubernamentalidad ayuda a entender cómo y por qué el conocimiento se reproduce y legitima como saber; es decir, como episteme. Foucault elabora una crítica epistémico-ontológica y política de las formas de objetivación inmanentes a la formación de los saberes; la crítica foucaultiana cuestiona el carácter de las formas de pensamiento y modos de conducción de los seres humanos en sus relaciones con los otros y consigo mismos:

Me parece que la opción filosófica con la que nos encontramos confrontados actualmente es esta: se puede optar por una filosofía crítica que se presentará como una filosofía analítica de la verdad en general, o bien se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad. Esta forma de filosofía es la que, de Hegel a la Escuela de Frankfurt pasando por Nietzsche y Max Weber, ha fundado una forma de reflexión en la que yo he tratado de trabajar. (Castro, s/f, p. 299)

La arqueología, por su parte, da cuenta de los modos históricos de constitución de los discursos como prácticas:

Los problemas planteados por la transformación teórica en el campo del análisis histórico de la que forma parte la arqueología se pueden resumir en el cuestionamiento del documento. El documento no es más esta materia inerte a partir de la cual la historia trata de reconstruir lo que los hombres han dicho o hecho; ahora se busca definir el tejido documentario según sus unidades, sus conjuntos, sus series, sus relaciones. (Foucault, 2018, p. 15)

De este modo, la arqueología no se ocupa de los discursos como documento, como el signo de otra cosa, sino como monumento; es decir, según su descripción intrínseca (p. 182).

En este sentido, los discursos revelan la episteme en que los conocimientos, “vistos más allá de todo criterio referente a su valor racional o sus formas objetivas” dan cuenta de “una historia que no es la de su perfección creciente, sino más bien la de sus condiciones de posibilidad” (Foucault, 1966, p. 13).

Una ontología de nosotros mismos que permita conocer sobre los modos en que históricamente están, de manera inmanente, dispuestos a una formación epistémica, los sujetos y las prácticas. Así, la crítica arqueológica se desplaza hacia la problematización de las formas de objetivación y subjetivación.

Foucault explica cómo el análisis discursivo permite analizar los sistemas de pensamiento, y cómo estos sistemas generan prácticas discursivas y no discursivas.

Foucault no solo incorporará a su trabajo el estudio de los dispositivos de poder [...] sino que, más precisamente, abordará la cuestión de las relaciones entre las prácticas discursivas (los saberes) y las prácticas no-discursivas. Las formas concretas y efectivas de ejercicio del poder harán posibles las formas del saber y estas, a su vez, reforzarán y sostendrán esas prácticas. El sujeto-objeto hombre ya no es solo una determinada disposición en el campo del conocimiento, sino el producto del ejercicio de las formas de poder y de las formas de saber que están entrelazadas con aquellas. Para expresarlo con otros términos, el sujeto se convierte ahora en una construcción histórica de las prácticas en general: prácticas discursivas y prácticas no-discursivas. (Castro, s/f, p. 382)

Las condiciones de posibilidad para la emergencia o surgimiento de las prácticas, en términos del propio Foucault (1994, pp. 136-156), permiten “rencontrar bajo el aspecto único de un carácter, o de un concepto, la proliferación de los acontecimientos a través de los cuales (gracias a los cuales, contra los cuales), ellos se formaron”. Las prácticas sociales engendran dominios de saber que no solo permiten nuevos objetos, conceptos y técnicas, sino que hacen surgir a los sujetos del conocimiento. En este sentido, afirma que el sujeto de conocimiento posee una historia.

En ALC se viven las consecuencias heredadas de la dominación que se vivió en el pasado colonizador.

La historia es fundamental para indicar que el descubrimiento y la colonización promovieron patrones culturales, políticos y económicos —tradiciones feudales— para preservar una forma de dominación jerárquica; estas formas de dominación, como redes articulares, han permeado la población Latinoamérica. Para Foucault:

El poder no se reduce a un problema de soberanía [...] en términos generales, creo que el poder no se construye a partir de voluntades (individuales o colectivas), así como no deriva de intereses. El poder se construye y se forma a partir de poderes, de múltiples cuestiones y efectos de poder. Lo que hay que estudiar es ese dominio complejo. Esto no quiere decir que sea independiente y que pueda descifrarse al margen del proceso económico y de las relaciones de producción. (2019a, pp. 183 y 184)

América se constituyó como el primer espacio/tiempo de un nuevo patrón de poder de vocación mundial y, de ese modo y por eso, como la primera identidad de la modernidad. Dos procesos históricos convergieron y se asociaron en la producción de dicho espacio/tiempo y se establecieron como los dos ejes fundamentales del nuevo patrón de poder. De una parte, la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de raza, es decir, una supuesta diferente estructura biológica que ubicaba a los unos en situación natural de inferioridad respecto de los otros. Esa idea fue asumida por los conquistadores como el principal elemento constitutivo, fundante, de las relaciones de dominación que la conquista imponía. Sobre esa base, en consecuencia, fue clasificada la población de América, y del mundo después, en dicho nuevo patrón de poder. De otra parte, la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, en torno del capital y del mercado mundial. (Quijano, 2014, p. 2)³⁸

38 “El racismo no ha sido, primeramente, una ideología política. Ha sido una ideología científica que circulaba por todas partes, tanto en Morel como en los otros [exponentes de la teoría de la degeneración]. Y su utilización política ha sido llevada a cabo por los socialistas, por la gente de izquierda, antes que por la gente de derecha” (Castro, s/f, p. 477).

La subjetividad, se entiende, como aquello aprendido a través de los mecanismos o dispositivos de poder, así, las maneras de cómo los sujetos comprenden el mundo es resultado de la subjetividad. Para Foucault las formas de subjetividad son aquellos modelos que se han formado desde el poder y el saber:

La conclusión podría ser que el problema político, ético, social y filosófico de nuestros días no es tratar de liberar al individuo del Estado y de las instituciones del Estado sino liberarnos de ambas, del Estado y del tipo de individualización que está ligada a este. Debemos promover nuevas formas de subjetividad a través del rechazo de este tipo de individualidad que nos ha sido impuesta durante siglos. (Foucault, 1996, p. 9)

Las subjetividades son el resultado de la comprensión adquirida en torno a los discursos y a las prácticas, por lo tanto, en ALC, los dispositivos de subjetivación que aseguran “la construcción metal que expresa la experiencia básica de la dominación colonial, y que desde entonces permea las dimensiones más importantes” (Quijano, 2014, p. 1) del poder en Latinoamérica, incluyendo su racionalidad específica, es la dependencia.

De lo que se trata, entonces, es de analizar respecto de las situaciones que hicieron posible que se produjese una articulación entre una serie de prácticas y un régimen de veridicción:

Mi problema es saber cómo los hombres se gobiernan (a sí mismos y a los otros) a través de la producción de la verdad (lo repito una vez más, por producción de la verdad no entiendo la producción de enunciados verdaderos, sino el ajuste de dominios donde la práctica de lo verdadero y lo falso puede ser, a la vez, reglada y pertinente). Acontementializar (*évènementialiser*) los conjuntos singulares de prácticas, para hacerlos aparecer como regímenes diferentes de jurisdicción y veridicción. [...] En definitiva, reubicar el régimen de producción de lo verdadero y de lo falso en el corazón del análisis histórico y de la crítica política. (Castro, s/f, p 21)

En este sentido, la reflexión en cuestión del discurso científico latinoamericano de la dependencia no puede ser pensada en términos de un “conocimiento superado”, porque más allá del sentido de cientificidad que la rodea, estaría el sentido de subjetivación que la permea.

Por episteme se entiende, de hecho, el conjunto de las relaciones que pueden unir, en una época dada, las prácticas discursivas que dan lugar a figuras epistemológicas, a ciencias, eventualmente a sistemas formalizados; el modo según el cual, en cada una de estas formaciones discursivas, se sitúan y se operan los pasajes a la epistemologización, a la cientificidad, a la formalización; la repartición de estos umbrales, que pueden entrar en coincidencia, estar subordinados los unos a los otros o estar desfasados en el tiempo; las relaciones laterales que pueden existir entre las figuras epistemológicas o las ciencias, en la medida en que ellas provienen de prácticas discursivas vecinas, pero distintas. La episteme no es una forma de conocimiento o un tipo de racionalidad que atraviesa las ciencias más diversas, que manifestaría la unidad soberana de un sujeto, de un espíritu, de una época; es el conjunto de relaciones que se pueden descubrir, para una época dada, entre las ciencias cuando se las analiza en el nivel de las regularidades discursivas. (Foucault, 2018, p. 249)

Es necesario retomar los aspectos básicos ligados a la herencia de la colonización, con el fin de considerar las causas que hasta hoy dan sentido a la episteme latinoamericana de la dependencia. “El foco de problematización se desplaza desde la biopolítica hacia su marco de racionalidad” (Dalmau, 2019a, p. 85). “En cuanto a la finalidad: la disciplina se propone obtener cuerpos útiles económicamente y dóciles políticamente; la biopolítica persigue el equilibrio de la población, su homeostasis, su regulación” (Castro, s/f, p. 63).

Foucault orientó su curso del año 1978, “Seguridad, Territorio, Población”, hacia un horizonte amplio que implica a la biopolítica: una historia de la gubernamentalidad. [...] En el pensamiento de Foucault, el objetivo es comprender la ligazón entre los regímenes de verdad y las prácticas de gobierno político y económico que gestionan la vida. La biopolítica, por medio de los “discursos de veridicción” (de la biología y de la economía), objetiva al hombre, como ser biológico-viviente y como actor productivo/consumidor. (Dalmau, 2019a, pp. 75-98)

Al caracterizar sus indagaciones respecto de las formas modernas de gubernamentalidad, Foucault intenta determinar cómo se establecen los dominios de las prácticas de gobierno, con el fin de gobernar de la mejor manera posible. En suma, el estudio de la racionalización de las poblaciones.

En cuanto a la noción foucaultiana de gobierno, esta tiene, para expresarlo de alguna manera, dos ejes: el gobierno como relación entre sujetos y el gobierno como relación consigo mismo. En el primer sentido, “[el gobierno] es un conjunto de acciones sobre acciones posibles. Trabaja sobre un campo de posibilidad en el que viene a inscribirse el comportamiento de los sujetos que actúan: incita, induce, desvía, facilita o dificulta, extiende o limita, hace más o menos probable, llevado al límite, obliga o impide absolutamente. Pero es siempre una manera de actuar sobre uno o varios sujetos actuantes, y ello en tanto que actúan o son susceptibles de actuar. Una acción sobre acciones” [...] Se trata, en definitiva, de una conducta que tiene por objeto la conducta de otro individuo o de un grupo. Gobernar consiste en conducir conductas. Foucault quiere mantener su noción de gobierno lo más amplia posible. [...] Foucault utiliza el término “gubernamentalidad” para referirse al objeto de estudio de las maneras de gobernar. Encontramos, en consonancia con los ejes de la noción de gobierno que mencionamos, dos ideas de gubernamentalidad. El estudio de las formas de gubernamentalidad implica, entonces, el análisis de formas de racionalidad, de procedimientos técnicos, de formas de instrumentalización. Se trata en este caso de lo que se podría llamar la “gubernamentalidad política”. En segundo lugar, Foucault llama gubernamentalidad “al encuentro entre las técnicas de dominación ejercidas sobre los otros y las técnicas de sí”. (Castro, s/f, p. 235)

Se intenta problematizar la teoría de la dependencia como una formación epistémica ligada al ejercicio de gobierno; es decir, como forma reflexiva sujeta al arte de gobernar, erigida en torno a la formación de la economía-política latinoamericana y articulada tecnológicamente mediante dispositivos de poder. Al mismo tiempo, se trata de ejemplificar cómo la dependencia en América Latina es el motor de ejercicio de subjetivación, de la cual se siguen haciendo eco los discursos de saber y poder.

Un ejemplo de la naturalización con respecto al poder soberano, y con relación a la dependencia como episteme:

Es la irrupción en el escenario latinoamericano de los gobiernos progresistas de los dos mil (Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Uruguay y Venezuela), además de modificar la ecuación estrictamente neoliberal entre Estado, mercado y sociedad, trastocó los equilibrios político-ideológicos y abrió importantes debates en el campo intelectual del pensamiento crítico latinoamericano. Sin embargo, mientras el anti-neoliberalismo fue un punto de articulación y consenso, la cuestión del progresismo ha sido un punto de desarticulación y disenso que sigue generando polémica y, bajo este rubro, quedará inscrito en la historia intelectual de la región. (Modonesi, 2019, p. 81)

Las prácticas gubernamentales de los gobiernos progresistas latinoamericanos, por ejemplo:

Están ligadas a las verdades immanentes del mercado, cuyo respeto resulta fundamental para el “éxito” del gobierno. [...] Así, se consolida lo que Foucault denomina como un *gobierno frugal*, una suerte de *naturalismo* que hace del mercado una zona vedada para la acción gubernamental; ya que, si el gobierno pretende ser exitoso, no puede desconocer ni intentar “espuriamente” violentar sus mecanismos. (Dalmau, 2019a, p. 90)

El neoliberalismo busca extender la racionalidad del mercado, como criterio, más allá del dominio de la economía (a la familia, la natalidad, la delincuencia o la política penal. (Castro, s/f, p. 313)

La ideología por necesidad lógica no está anclada a las prácticas. Los gobiernos progresistas latinoamericanos que discursivamente afirmaban ser de ideología de izquierda, sucumbieron ante el mercado, dice Foucault:

No hay que interrogar los discursos sobre el sexo para saber, ante todo, de qué teoría implícita derivan, o a qué presupuestos morales conducen o qué ideología representan; más bien hay que interrogarlos respecto de los dos niveles de su productividad táctica (qué efectos recíprocos de poder y de saber garantizan) y de su integra-

ción estratégica (qué coyuntura y qué relación de fuerzas hacen que su utilización sea necesaria en un determinado episodio de los diferentes enfrentamientos que se producen) [...] el problema político esencial para el intelectual no es criticar los contenidos ideológicos ligados con la ciencia o hacer que su práctica científica esté acompañada por una ideología justa, sino saber si es posible constituir una nueva política de la verdad. (Castro, s/f, p. 524)

Por lo tanto, el debate alrededor de los gobiernos progresistas no debería enfocarse en la ideología, así, es posible observar cómo ciertos académicos latinoamericanos de izquierda han justificado su acercamiento al mercado como una necesidad de justicia social y de distribución de la riqueza; ese es el caso del vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera.

Claudio Katz (2016) cuestiona el neodesarrollismo de los gobiernos progresistas latinoamericanos, definiéndolo así:

El neo-desarrollismo propone mayor intervención estatal, políticas económicas heterodoxas, retomar la industrialización, reducir la brecha tecnológica e imitar al Sudeste asiático. A diferencia del desarrollismo clásico promueve alianzas con el agro-negocio, relativiza el deterioro de los términos de intercambio, se aleja del enfoque centro-periferia y prioriza el manejo del tipo de cambio. Disimula con pragmatismo su favoritismo hacia los capitalistas. Su modelo exportador afecta al salario y la convergencia que propone con empresas transnacionales no atenúa las brechas tecnológicas. La expectativa de igualar el avance asiático olvida la existencia de adaptaciones diferenciadas en la mundialización. La explotación de los trabajadores es más rentable en el Extremo Oriente y la imitación de ese esquema es poco factible. Es un artificio suponer que la globalización entraña beneficios comerciales y peligros financieros o que todos pueden mejorar su lugar en ese escenario. La teoría del *catch up* no explica la existencia de situaciones internacionales disímiles. Desconoce que continúa imperando una inserción dependiente, que no se corrige con la disponibilidad tecnológica. El desarrollo desigual y combinado agrava las contradicciones de los retrasados. La mirada endogenista que atribuye el subdesarrollo a causas internas desconsidera el marco objetivo y magnifica las voluntades

nacionales. No hay trayectorias despejadas para la acumulación. El neodesarrollismo es más afín a la CEPAL tecnocrática que al pensamiento crítico y presenta más continuidades que rupturas con el neoliberalismo. (pp. 49-74)

Desde una lectura foucaultiana, el liberalismo y el marxismo configuran una racionalidad de gobierno; diré que tanto el liberalismo como el marxismo, así como la dependencia, configuran racionalidades. Otro ejemplo que me alejaría de una reflexión desde la ideología, y sí, desde el discurso y las prácticas, tiene que ver con la referencia que Katz hizo de Fernando Henrique Cardoso, para quien, una vez este se convirtió en presidente de Brasil, torno al neoliberalismo.

Hay que señalar que el chavismo ha ocupado un lugar central y dinámico al interior de la galaxia progresista latinoamericana, tanto por haber originado el primer gobierno latinoamericano surgido del antineoliberalismo como por las iniciativas de articulación no solo geopolíticas sino también ideológicas y también por la mayor radicalidad que se propuso y alcanzó. En el terreno de la marxiana “batalla de las ideas”, se concibió e instaló la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, fundada por iniciativa de Hugo Chávez en 2004 —cuyas finalidades principales son “mostrar una actitud solidaria con los procesos de cambio” y “oponerse al imperialismo”— fue un intento de crear un *think tank* para contrarrestar las poderosas campañas de los medios de comunicación de derecha, sostener la iniciativa bolivariana chavista, pero también ha servido para cubrir hacia la izquierda a los gobiernos progresistas. Además de las diversas iniciativas de encuentros y declaraciones, su página web es una importante vitrina de artículos de apoyo a los gobiernos progresistas, en particular el venezolano. Otras páginas web latinoamericanas con tendencias favorables a estos gobiernos jugaron este papel de apoyo, pero abriendo espacios a posturas críticas como, por ejemplo, rebelión.org o alai.net. Obviamente, en los medios de comunicación tradicionales, pero también en el web, proliferan los espacios que asumen de forma más o menos beligerante las posturas de las derechas latinoamericanas y norteamericanas. Entre muchas voces favorables a los gobiernos progresistas,

algunas destacaron por asumir plena y ostensiblemente el papel de portavoces intelectuales y por tratar de sistematizar y legitimar en clave izquierdista el discurso oficial: el vicepresidente boliviano Álvaro García Linera y los ya mencionados dos exsecretarios generales de CLACSO, el brasileño Emir Sader y el argentino Atilio Borón. El discurso oficial, que estos autores traducen a un plano de mayor sofisticación intelectual, tiene una misma estructura y lógica de argumentación que parte de asumir como contradicción principal y sobredeterminante la del imperialismo-antiimperialismo. De allí que el enemigo y la contradicción principal sea con el gobierno de Estados Unidos y, en consecuencia, las derechas que, en cada país, son presentadas como su prolongación, sus cómplices o sus aliadas. (Modonesi, 2019, p. 187)

Los dispositivos de poder que caracterizaron a los gobiernos progresistas latinoamericanos estuvieron ligados a formas de gubernamentalidad, disciplinamiento y biopolítica. La gubernamentalidad implicó un refinamiento conceptual alrededor de la “cuestión popular, es decir la de la justicia social que es el otro pilar del discurso posneoliberal, esgrimiendo un argumento clásico: no hay desarrollo posible si no se resuelve la dependencia”³⁹ (p. 187).

En este contexto, se destaca el carácter indisoluble del surgimiento de la dependencia como matriz de problematización del ejercicio de los gobiernos latinoamericanos, especialmente progresistas y de sus intelectuales.

La tradición latinoamericana de gobierno, sus instituciones y procedimientos, así como, sobre todo, su historia y cultura, están atravesados por la *dependencia*. Una dependencia que, de manera

39 Tanto la cuestión nacional como la social, según el planteamiento progresista, deben ser atacadas a través de la intervención estatal en defensa de la soberanía y en pos de la redistribución de la riqueza. La toma del poder estatal y del uso de su aparato como dique soberano y como instrumento de intervención económica y social se convierte en el corazón y el motor de la estrategia progresistas. Sobre este punto el consenso es absoluto y los matices solo cuantitativos (Modonesi, 2019, pp. 182-229).

relacional, se respira en todos los ámbitos de la sociedad y que sigue posibilitando normas y dispositivos de poder y dominación. La realidad de las sociedades latinoamericanas deviene de esta “realidad densa” que se justifica en los espacios de producción de la verdad, que opera y se respalda en prácticas concretas. Bajo esta consideración, es inmanente que los académicos latinoamericanos escriban y reflexionen desde la episteme de la dependencia.

La crítica que se abre a la dependencia como episteme está en el orden de las formas de objetivación inmanentes, que consolidan prácticas y forman los discursos de la economía política y de la vida cotidiana. La episteme es el sentido que da vida a los saberes, es el elemento intermedio entre los saberes y la realidad; la analítica del poder como filosofía pretende interrogar las motivaciones teóricas y políticas que el poder apoya y refuerza. En ese sentido, Foucault interroga las condiciones que la hacen posible en el presente, tratando de encontrar la génesis de la racionalidad desde una perspectiva histórica:

El pensamiento crítico complejo se puede convertir en un fetiche conceptual que se reitera cansinamente como una suerte de sagrado mantra que lejos de explicar y esclarecer complica todas las cosas. Según Boaventura de Sousa Santos (2009), el pensamiento crítico tiene hoy diversos desafíos: 1. El pensamiento crítico latinoamericano, a pesar de sus críticas al eurocentrismo resulta eurocéntrico y monocultural, ha desdeñado la riqueza del pensamiento y cultura populares [...] 2. Más allá de las élites intelectuales, tiene que propiciar la emergencia de nuevas subjetividades colectivas: “El pensamiento crítico no ha sabido hasta hoy teorizar las posibilidades de superar las contradicciones, las separaciones, las tensiones entre esas subjetividades y promover alianzas estratégicas y sustentables entre movimientos sociales diversos”; 3. En nombre de una crítica radical, el pensamiento crítico se ha vuelto apocalíptico y catastrofista, y no asume que hay diversas formas de entender la política estatal, combinando “la lucha legal y la ilegal, la lucha institucional y la directa, la lucha dentro del Estado y la lucha fuera de este”. (Esquivel, 2017, p. 2)

El pensamiento latinoamericano (en su diversidad) tiene como fundamento a la dependencia. Las reflexiones se perfilan a tra-

vés de sus modalidades enunciativas; las que convergen de distintas formas —planificación económica, políticas sociales e institucionales, etc.—. En tal sentido, la pregunta es: ¿la dependencia es propicia para los estudios internacionales de América Latina en su relación con el mundo, y especialmente con China?

Aunque esta investigación no tiene como objeto de estudio *la dependencia*, sería necesario analizar sus alcances en el campo de las relaciones internacionales latinoamericanas; por añadidura, debatir sobre nuevas posibilidades de reflexión en un área del conocimiento donde la dependencia es el saber hegemónico.

Ilustración 6

La dependencia como saber hegemónico



El constructivismo posestructuralista como perspectiva teórica para analizar las relaciones entre China y América Latina

El constructivismo posestructuralista, a diferencia de otras perspectivas teóricas, permite comprender la realidad bajo una lógica distinta, donde las dimensiones (ideacionales) están presentes en el análisis, y plantea una dimensión paralela a la dimensión material. Para Esteban Nicholls (2012) una de las críticas que se hace al posestructuralismo “y al constructivismo social” es que estas niegan la realidad y sustentan sus críticas en el absolutismo discursivo. Este autor sostiene que:

La crítica del realismo científico no es poco común: varios textos de las relaciones internacionales critican al posestructuralismo por su negación de la realidad y la ponderación del discurso (lingüístico) como la única “realidad” a la cual metodológicamente se puede apelar para emitir juicios en relación con el mundo “exterior”. (p. 171)

Esto va en la misma línea que otros argumentos vertidos, principalmente desde el desarrollismo, los cuales aseguran que el posestructuralismo “reemplaza a la realidad con discurso y texto” (p. 171).

Nicholls insiste en que probar la existencia de una realidad externa al mundo de las ideas no es una preocupación posestructural, puesto que su análisis no parte de la llamada ansiedad cartesiana. Un análisis desde el constructivismo permite entender la realidad asociada a una construcción discursiva, la cual “no tiene nada que ver con negar la realidad” (p. 174), sino cómo esta se estructura a partir de prácticas discursivas de construcción de la realidad.

La razón posestructural no tendría problemas en afirmar la existencia de la pobreza, la realidad del efecto físico de una bala en la cabeza o del potencial hipotérmico de las bajas temperaturas en la cumbre del monte Everest. No tendría problemas ya que su sentido no tiene nada que ver con demostrar, arraigarse a, sustentarse en, aceptar o negar la realidad del monte Everest, la pobreza o la bala en la cabeza. Su preocupación es, por el contrario, descubrir cómo

la bala en la cabeza, más allá de la realidad física, llega a constituirse como realidad social o política a través del discurso y sus prácticas constitutivas (especialmente relaciones de poder)". (pp. 172 y 173)

La realidad no pasa solo por el absolutismo materialista, como los teóricos de las relaciones internacionales suponen, también es aceptado y legitimado como real en las relaciones internacionales.

Las ideas mueven el ejercicio del poder en el sistema internacional; y se ejerce el poder en este para producir las ideas y normas que determinan su funcionamiento.

Interrelación entre poder para las ideas e ideas para el poder. Como muestra el hecho de que los cambios en la estructura y equilibrio de poder del sistema han conllevado el de las ideas en que se basa este y su funcionamiento. De ahí que el poder de un actor en el seno del sistema internacional sea también el de formulación y promoción de ideas como paradigma dominante. Ideas en el sistema internacional, y sobre el sistema internacional y la Política Exterior. Pues se basan en definitiva en las reglas que orientan y regulan el funcionamiento del sistema internacional y este mismo en conceptos compartidos. (Montobbio, 2012, p. 170)

Los académicos producen ideas que determinan el funcionamiento de la política exterior, las ideas como discursos que parten de paradigmas dominantes empiezan a regular los saberes que justifican las prácticas políticas, económicas y culturales en el sistema internacional. Una vez que el discurso empieza a ejercer todo su poder, domina el campo de sentidos y significaciones de la esfera social, política, cultural y académica. Los discursos realistas, liberales, y el de la dependencia, etc., dominan los pasillos de las academias norteamericanas, europeas y latinoamericanas.

Es importante, por lo tanto, discutir sobre la urgencia de investigar desde nuevas posibilidades analíticas que puedan identificar el ejercicio concreto del poder a partir de las prácticas discursivas y no discursivas.

Para Thiago Rodrigues (2013), Foucault formuló una contundente crítica a los fundamentos de la teoría política. Esa crítica, asociada a su defensa del análisis genealógico como método —para indagar sobre las relaciones entre poder-saber—, ha lanzado un desafío directo a la producción de saberes en el campo de la teoría política (p. 90).

El área específica de las relaciones internacionales, como desdoble de la teoría política moderna, según Rodrigues (2013), no ha salido ileso ante el desafío epistemológico y político sugerido por Foucault.

La reflexión en torno al campo de estudio de las relaciones internacionales, sus avances teóricos y disciplinarios bajo diversas modalidades —sean debates, agendas de investigación y otros— ha sido un ejercicio académico permanente, que indiscutiblemente ha permitido la evolución disciplinaria; por ende, particulares formas de vinculación teórica. Derivada en un inicio de los “centros hegemónicos de producción académica” de Occidente y hoy en el debate contemporáneo desde otras latitudes como el “Sur”, una de las principales discusiones gravita en torno a la tensión —que está lejos de resolverse— generada por los presupuestos de las diversas perspectivas críticas ante el escenario dominante del *mainstream*. [...] Dichas perspectivas, en un inicio se presentaron como contradictorias (los presupuestos de las herramientas conceptuales, categorías analíticas y metodologías y prácticas académicas planteadas por las corrientes ortodoxas, realismos y liberalismos con toda su amplia gama de derivaciones), y hoy parece que la tendencia es buscar el diálogo —varios autores lo catalogan de pluralismo integrativo— como respuesta a la creciente complejización de la realidad internacional (caótica, azarosa, incierta) y la inherente necesidad de problematizarla desde nuevos parámetros y criterios, flexibles, adaptables y sistémicos, que permitan explicar, comprender e interpretar los fenómenos emergentes de la nueva arquitectura global y sus implicaciones. (Noboa, 2017, pp. 81 y 82)

Una de las labores fundamentales de Foucault ha sido la de tejer los puentes para develar la falacia de la “neutralidad” de las teorías hegemónicas de las relaciones internacionales, y su compromiso

con la defensa del *statu quo* del poder. Así, la presunta naturaleza de las teorías neorrealistas y neoliberales de la política internacional quedaría revelada. La centralidad epistemológica de estas teorías, por lo tanto, son construcciones políticas que están asociadas a intereses de poder.

Ashley y Walker han planteado la posibilidad de pensar el área de conocimiento de las relaciones internacionales como un conjunto de analíticas que conjuran saberes sobre la política internacional, como cristalizaciones teóricas universales. El debate sobre la cristalización y universalización de las teorías de las relaciones internacionales traería al seno de la discusión epistemológica una mirada libertaria interesada en abrir espacios de pensamiento, libres del compromiso político con las centralidades del poder (Rodrigues, 2013).

El poder sería una situación estratégica que se asemeja a un combate. Habría, por lo tanto, un choque de intenciones, un enfrentamiento, pues para él no existiría aplicación de poder sin la posibilidad de resistencia. De ahí que, el modelo de la guerra sería, para el filósofo, el más apropiado para el análisis del poder. El estudio del poder, para Foucault, debería seguir lo que nombró como “hipótesis de Nietzsche”, es decir, la perspectiva de la vida humana como combate permanente entre voluntades, puntos de vista y posturas ético-políticas. “Más que hablar de un ‘antagonismo’ esencial, sería preferible hablar de un ‘agonismo’, de una relación que es al mismo tiempo de incitación recíproca y de lucha”; para que hubiese efectivamente una relación de poder, sería preciso el *agon*, el combate. (p. 93)

Para Foucault, una teoría supone una objetivación previa. La objetivación supone la transformación de un saber cómo ciencia; la analítica del poder pretende captar los mecanismos del poder bajo dos referencias; “por un lado, las reglas que delimitan formalmente el poder, y por el otro [...] los efectos de verdad que ese poder produce” (p. 94).

El trabajo analítico implica un pensamiento crítico, una revisión constante que debe tener en cuenta las condiciones histórico-políticas en las cuales cualquier situación emerge; “necesitamos de una consciencia histórica de nuestra situación actual” (p. 94).

En ese sentido, la identificación de los límites de cualquier teoría para el estudio del poder no se podría hacer desde una construcción teórica global. De ahí que la analítica de poder no sea una ciencia o una teoría, sino un procedimiento que pretende descubrir al poder. La analítica del poder permite revelar la pretensión del poder de querer ser una ciencia.

Foucault afirma que las genealogías son “anticiencias”. Esto no quiere decir que “reivindiquen el derecho lírico a la ignorancia, y el no saber no es que se trate de la negativa de saber o de la puesta en juego de los prestigios de una experiencia inmediata, todavía no captada por el saber. No se trata de eso. Se trata de la insurrección de los saberes”. La analítica genealógica está atenta a los embates de poder en los momentos en que surgen y a sus efectos directos sobre los hombres, ideas e instituciones. No sería un “empirismo ciego”, como sostiene Foucault, sino un riguroso saber interesado en la materialidad de los combates entre perspectivas que se levanta contra los saberes establecidos. La analítica del poder, con su método genealógico de investigación de la historia efectiva de las luchas, no es, por lo tanto, una ciencia o una teoría global alternativa, sino una antiteoría o una anticiencia que desafía el rol de poder de las teorías jurídico-políticas, alineadas al poder del estado y a los intereses que lo conforman. (p. 96)

Según Foucault, más allá de la no existencia de la neutralidad en la producción del saber, estaría sí la producción de “verdad”; ya que para la perpetuación de los saberes es fundamental la verdad. El saber como ciencia requiere de la reproducción y repetición de enunciados, para ser considerado una verdad absoluta y universal.

Por lo tanto, lo que se define como verdad en la ciencia no es solamente su coherencia o capacidad explicativa, sino también su articulación a intereses de poder.

Las teorías serían pues discursos productores de verdades necesarias para el ejercicio de modalidades específicas de poder. Así, los grupos más fuertes política y económicamente tienden a establecer sus verdades particulares como verdades absolutas, desplazando a

las demás posiciones en pugna. Lo mismo pasa con los discursos científicos, íntimamente relacionados al ejercicio del poder. (p. 94)

Para Rodrigues (2013), Walker, Ashley y otros autores, pueden ser entendidos como intelectuales que buscan espacios abiertos para la emergencia de discursos que fueron y son descalificados por la teoría dominante de las relaciones internacionales.

Los autores posestructuralistas, desde diferentes perspectivas, consideran la necesidad de repensar y repolitizar el área de conocimiento de las relaciones internacionales; conocimientos que van en contraposición a las teorías hegemónicas —positivistas— y universales.

La negación de la ambición teórica positivista en autores como Ashley y Walker podría ser comprendida en términos análogos a la conclusión de Foucault sobre la necesidad de abandonar la búsqueda de una teoría del poder para producir una analítica de poder. Según el filósofo, asumir el “modelo estratégico” o agonístico, en el estudio de la política sería preciso “no por opción especulativa o preferencia teórica, sino porque uno de los rasgos fundamentales de las sociedades occidentales consiste, en efecto, en que las relaciones de fuerza —que durante mucho tiempo habían encontrado en la guerra, en todas las formas de guerra, su expresión principal— se habilitaron poco a poco en el orden del poder político”. En otras palabras, Foucault creía que la comprensión de las relaciones de poder exigía un cambio de mirada hacia las situaciones en las cuales el poder y las resistencias producen combates concretos. (p. 102)

La introducción de términos importantes para el análisis del poder en el área de las relaciones internacionales, como relaciones de poder, genealogía o agonismo, ha producido cambios en los parámetros y principios del saber de este espacio del conocimiento, abriéndose nuevas posibilidades de combate y creándose una contundente perspectiva crítica desde las bases.

Richard Devetak, Lene Hansen, Pontes Nogueira, Messari Michael Dillon, Andrew Neal, Didier Bigo, Vivienne Jabri, y otros han

tomado en cuenta las reflexiones de Foucault sobre el poder, la política, la violencia, las resistencias y el estado y han promovido distintos análisis e investigaciones (Rodrigues, 2013).

En el contexto latinoamericano, los conceptos foucaultianos también han influido en las reflexiones de académicos y teóricos de las relaciones internacionales, así como de otras áreas del conocimiento. Por ejemplo, los estudios posestructuralistas del caso concreto de China.

Bajo el argumento de que las diferentes comprensiones sobre China se originan en las tradiciones de pensamiento imperantes entre los practicantes de los estudios internacionales en las diferentes regiones del mundo, así como una respuesta a las posibles críticas de una revisión constructivista posestructuralista de la dependencia como articulación discursiva latinoamericana sobre las relaciones sino-latinoamericanas, y de un análisis propuesto desde el posestructuralismo como visión alternativa, se trató, a lo largo de la investigación, el constructivismo posestructuralista como teoría posfuncional de análisis.

Las teorías hegemónicas de las relaciones internacionales observan la evolución latinoamericana bajo procesos históricos que resultan del despliegue mundial de la economía. El análisis planteado desde el posestructuralismo, especialmente trabajado desde las pretensiones foucaultianas, se distancia de un examen economicista, y se acerca más a una analítica del poder.

El constructivismo posestructuralista hace posible ver cómo las relaciones de dependencia en el sistema internacional se inscriben más allá de la noción de dependencia estructural. En el marco de las relaciones internacionales, las concepciones realistas, liberales y de la dependencia establecen el análisis alrededor de China de manera objetiva. Si bien las distintas concepciones parten de consideraciones diferentes, su noción de la realidad se produce bajo una relación de

independencia entre lo observado y el sujeto que infiere esa realidad como conocimiento. Su ontología es fundacional.

Desde esta perspectiva se inicia la ruptura con el problema de la esencia, dado que no habría posibilidad alguna de fijar un sentido literal o último a ningún objeto. Lo social no puede ser pensado en términos de “sistema”, ya que implicaría que las relaciones mantienen entre sí una relación prefijada. La concepción predeterminada de la dependencia, por ejemplo, articulada alrededor de las relaciones centro-periferia, imposibilita observar los elementos articulatorios que constituyen los diferentes campos de significación que envuelven las relaciones en el sistema internacional de centro y periferia. Hay una multiplicidad de posibles antagonismos en lo social, muchos de ellos de signo contrario. Comprender las relaciones de centro y periferia, de manera prefijada, implica también fijar el sentido de las relaciones de poder.

Nicholls (2012) define al “fundacionalismo” en la misma línea que lo hacen Monteiro y Ruby (2009):

Como la adopción de posturas epistemológicas y ontológicas de partida para la investigación científica del mundo de la política internacional. El objetivo de esas posturas de partida es la búsqueda de bases sólidas para la generación y construcción de conocimiento. Los cimientos fundacionales deben ser capaces de proveer a las distintas teorías sustantivas de las Relaciones Internacionales las bases metateóricas para su desarrollo como teorías científicas. Es importante anotar que estos puntos de partida deben ser lo suficientemente estables como para que se los pueda considerar como “puntos de partida”. El fundacionalismo, entonces, se caracteriza por la noción de que se puede teorizar desde bases epistemológicas y ontológicas estables, que permiten caracterizar a una teoría como más o menos científica que otra y, por lo tanto, evaluar la validez teórica de una aseveración con relación a otra. (p. 168)

El constructivismo posestructuralista permite entender las reflexiones más allá de las consideraciones materiales de la realidad. Las relaciones sociales se inscriben en un sistema que puede conce-

birse en términos discursivos y no discursivos, un tipo de fusión que supone elementos de archivo y prácticas específicas.

Así, desde el constructivismo posestructuralista el interés teórico consistió en descubrir cómo y de qué modo los autores latinoamericanos responden no solo a una racionalidad particular, sino cómo estos discursos despliegan y permiten realidades con respecto a China en su relación con Latinoamérica. La fundación epistemológica que guía este tipo de indagación es la de la “autoafirmación”; es decir, precisamente lo contrario a lo que el fundacionalismo aspira a desarrollar (Nicholls, 2019, p. 180).

Los planteamientos foucaultianos, como análisis elemental frente a las propuestas epistemológicas y metodológicas de la razón objetiva de la realidad, consideran primero los usos que puede tener una concepción del discurso para la comprensión de las relaciones entre saber y poder en el sistema internacional; entendiendo que entre los Estados se establecen relaciones de poder y se manejan dispositivos de control y coerción. Estas prácticas, desde luego, son producto de las posibilidades discursivas disponibles para los distintos “sujetos” en el sistema internacional. Las situaciones de los Estados latinoamericanos, en su relación con China, deben ser entendidas desde esta complejidad.